

JUAN 21,15-25

TEXTO

«¹⁵Así que, cuando comieron, **Jesús** dice a **Simón Pedro**: “**Simón**, [hijo] de Juan, ¿**me amas** más que a éstos?”.

Le dice: “Sí, **Señor**; tú sabes que **te quiero**”.

Le dice: “Alimenta a mis corderos”.

¹⁶Le dice de nuevo por segunda vez: “**Simón**, [hijo] de Juan, ¿**me amas**?”.

Le dice: “Sí, **Señor**; tú sabes que **te quiero**”.

Le dice: “Apacienta mis ovejas”.

¹⁷Le dice por tercera vez: “**Simón**, [hijo] de Juan, ¿**me quieres**?”.

Se entristeció **Pedro** porque le dijo por tres veces “¿**me quieres**?” y le dice: “**Señor**, tú sabes todo; tú conoces que **te quiero**”.

Le dice **Jesús**: “Alimenta a mis ovejas.¹⁸En verdad, en verdad te digo, cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieres”.

¹⁹(Con esto dijo la clase de muerte con que glorificaría a Dios). Y dicho esto, le dice: “**Sígueme**”.

²⁰Habiéndose vuelto, **Pedro** ve **siguiendo al discípulo** a quien **Jesús** amaba, el que se había echado recostado en su pecho durante la cena y había dicho: “**Señor**, ¿quién es el que va a **entregar**?”.

²¹Así que, al verlo, **Pedro** dice a **Jesús**: “**Señor**, pero éste ¿qué?”.

²²Le dice **Jesús**: “Si quiero que él permanezca hasta que vuelva, ¿qué te importa? Tú **sígueme**”.

²³(Así que corrió entre **los hermanos** la palabra de que **este discípulo** no moriría; pero **Jesús** no le dijo que no moriría, sino “si quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿qué te importa?”). ²⁴Este es **el discípulo** que **testimonia** estas cosas y el que las ha escrito, y sabemos que **su testimonio es verdadero**.

²⁵Pero hay también muchas otras cosas que **Jesús** hizo, que si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribirían.

COMENTARIO

.- **Introducción:** Los dos discípulos, cuyos papeles se destacaron en el v. 7, en el relato del milagro en el mar y sus consecuencias, reciben posteriormente un tratamiento más extenso. Suministrando un excelente vínculo con el relato anterior, «Cuando comieron» (v. 15a), el autor se centra inicialmente en la figura de Simón Pedro. Jesús exige una triple confesión de amor y le encarga el cuidado de sus ovejas, prometiéndole que, como seguidor suyo, tomará parte en su destino (vv. 15-19). Pedro, que ahora «sigue» a Jesús (cf. v. 19b), se da la vuelta para ver al otro discípulo que «iba detrás». A este discípulo se le identifica como el discípulo amado, y al responder a la pregunta de Pedro «y éste ¿qué?», Jesús habla de su destino, y el narrador añade una descripción del papel que este importante discípulo tendrá en la comunidad y para la comunidad (vv. 20-24).

.- **Simón Pedro (vv. 15-19):** Con su triple pregunta, Jesús pide a Simón Pedro que se comprometa a amarle más de lo que ama a los otros discípulos que están en la comida. Pedro responde incondicionalmente, confesando posteriormente que su amor a Jesús es conocido por el omnisapiente Señor resucitado. Sobre la base de esta respuesta a su pregunta, Jesús exige a Pedro que apaciente a sus ovejas. Se crea una relación entre el papel de Pedro y el papel de Jesús, el Buen Pastor, en 10,1-18, y, especialmente, en 10,14-18. Lo que resulta sorprendente, sin embargo, es que se repita tres veces la misma pregunta, la misma respuesta y la misma orden (vv. 15-17). Puede tener sus antecedentes en la costumbre de declarar por triplicado ante unos testigos antes de hacer un pacto vinculante; también hay cambios sutiles en las palabras de Jesús y Pedro que los intérpretes han explotado. Pero la razón fundamental por la que Jesús exige una triple confesión de amor se encuentra en la triple negación del comienzo del relato de la pasión (cf. 18,15-18.25-27). Pese a su fragilidad, Pedro ha estado cerca de Jesús a lo largo del ministerio (cf. 1,40-42; 6,67-69; 13,6-10.36-38; 18,15), una cercanía que se ve dramáticamente destruida por la triple negación del discípulo y los posteriores acontecimientos de la crucifixión de Jesús. El levantamiento regio de Jesús sobre la cruz, la fundación de una nueva familia de Dios y el don del Espíritu (19,17-37) han estado marcados por la presencia del discípulo amado (cf. 19,25-27) y la ausencia de Simón Pedro. Las negaciones tienen que vencerse, y hay un elemento en la repetición rítmica de la misma pregunta que es indicio de una acusación: «me negaste en una ocasión... ¿estás seguro de la relación que ahora tienes conmigo?». Las nerviosas pero honestas respuestas de Pedro, conducen a que el Señor resucitado acepte las manifestaciones de amor de Pedro y el establecimiento de una nueva revelación: Jesús nombra a Pedro pastor de su rebaño.

.- La función pastoral que Pedro es llamado a ocupar lo relaciona con el Buen Pastor. Se le encarga «apacentar» y «alimentar» a los «corderos» y las «ovejas» de Jesús. Las discusiones sobre el ministerio petrino en la tradición católica romana están fuera de lugar en la exégesis de este pasaje. A la persona encargada de este ministerio pastoral, y a todos los pastores cristianos, como Pedro, se les desafía a repetir la misma relación que Jesús tuvo con su rebaño. El amor de Pedro por Jesús (vv. 15c, 16b, 17b) debe mostrarse en su disposición a hacer suyas las palabras de Jesús, el Buen Pastor (vv. 15d, 16c, 17c): «He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (10,10); «Conozco a las mías y las mías me conocen» (10,14); «Entrego mi vida por mis ovejas» (10,15; cf. 10,11.17.18); «Tengo otras ovejas que no son de este redil... habrá un solo rebaño y un solo pastor» (10,16).

.- A pesar de que algunos autores afirman que no existe conexión interna alguna entre los vv. 15-17 y los vv. 18-19, las palabras posteriores de Jesús sobre el futuro de Pedro no son sino la consecuencia lógica del fundamento cristológico de su pastoreo. Introducidas por el doble «amén» joánico, sus palabras recuerdan a Pedro un tiempo pasado, aquel tiempo del ministerio de Jesús en el que Pedro mostró muy buena voluntad pero finalmente sucumbió a la negación. Era el tiempo en que Pedro estaba joven, cuando él mismo se ceñía e iba adonde quería (v. 18a). Aquellos días ya han pasado. Ya ha superado el escándalo de su rechazo de Jesús y se ha comprometido incondicionalmente con el camino del Buen Pastor (vv. 15-17). Llegará el tiempo, «cuando te hagas viejo», en el que Pedro entregará su vida por las ovejas de Jesús que se le han confiado a su solicitud pastoral. Otro será quien le ciña y le lleve adonde no preferiría ir. Apenas podemos dudar de que en la época en que fue escrito este episodio, Pedro ya había extendido sus manos, un verdugo le había ceñido con la cruz y había entregado su vida por el rebaño de Jesús. La aceptación incondicional por parte de Pedro de su papel como pastor del rebaño de Jesús (vv. 15-17) también conducirá a la glorificación de Dios mediante su autodonación amorosa hasta la muerte (v. 19a). Una vez que ha explicado todas las implicaciones que tiene ser el pastor de su rebaño (vv. 15-19a), a Jesús sólo le queda invitar

a Pedro a seguirle por este camino (v. 19b). Este «seguimiento» tiene un sentido físico, pues Pedro se pone a caminar inmediatamente detrás de Jesús (cf. v. 20a), pero también significa un constante discipulado durante todos los días de su vida.

- **El discípulo amado (vv. 20-24):** Hay un intenso sentido de «seguimiento» en el v. 20. Pedro está siguiendo físicamente a Jesús como respuesta obediente a la orden que le había dado en el v. 19: «Sígueme». En este seguimiento se vuelve y ve al discípulo amado, a quien se describe como el que había estado recostado en el pecho de Jesús y le había preguntado por la identidad del traidor (cf. 13,23-25), que también le «está siguiendo» (v. 20). Pedro es quien plantea la cuestión que será respondida en dos fases: por Jesús, en el v. 22, y, después, por el narrador, en los vv. 23-24: «Señor, y éste ¿qué?» (v. 21). A Pedro se le ha establecido firmemente como discípulo y como pastor, pero las cuestiones siguen rondando en torno a la figura del discípulo amado. Los caminos de estos dos personajes se han entrelazado a lo largo de la última parte del evangelio, en la última cena (cf. 13,23-25), en el patio del sumo sacerdote (18,15-16) y en la tumba vacía (cf. 20,3-10). En estas ocasiones, a pesar de la obvia importancia de Pedro, el discípulo ocupaba el lugar de honor (13,23), desapareció de la escena cuando Pedro empezó a negar su relación con Jesús (18,17-18), y fue el único sobre el que se nos dijo que había llegado a creer en la tumba vacía (20,8). Entre estos momentos del relato, en ausencia de Pedro, que había negado tres veces que era discípulo de Jesús (18,15-18.25-27), el discípulo amado ha sido confiado a la madre de Jesús y viceversa por el rey crucificado (19,25-27). Obviamente, la comunidad joánica veneraba a esta figura con gran respeto y le consideraban su fundador (cf. 19,25-27), pero si a Pedro se le ha nombrado discípulo y pastor, no sólo Pedro en el relato sino también los lectores del evangelio podrían preguntarse: «Y éste ¿qué?» (21,21).

- La respuesta de Jesús aborda un tema que debe haber formado parte de las perplejidades de la comunidad. Tienen en su recuerdo tradicional de las palabras de Jesús una promesa de que el discípulo amado no moriría antes de su retorno, pero este recuerdo requiere corrección. Las palabras exactas de Jesús eran las siguientes: «Si quiero que permanezca hasta que vuelva, ¿qué te importa? Tú, sígueme» (v. 22). Jesús desafía a Pedro a mantener su papel como seguidor suyo; no tiene por qué preocuparse del destino del discípulo amado. Su propio destino se le ha clarificado en los vv. 18-19. Pero el recuerdo que la comunidad tenía de estas palabras parece que estaba centrado en un equívoco. El narrador comenta que lo fundamental en las palabras de Jesús es la frase condicional «Si quiero». Jesús no dijo que el discípulo amado no moriría antes de su llegada, sino que su futuro estaría determinado por la voluntad de Jesús. El problema que subyacía tras esta clarificación de lo que Jesús había dicho exactamente, era, claramente, la muerte del discípulo amado: «Corrió, pues, el bulo de que este discípulo no moriría» (v. 23a), pero «este bulo» (literalmente, esta palabra), esta expresión de una opinión popular, se fundamentaba en una comprensión errónea de las palabras que Jesús dijo a Pedro. El discípulo amado ya había dejado de vivir, y la comunidad no debería quedarse perpleja ante su muerte. Lo que le hubiera ocurrido al discípulo amado no era otra cosa que el cumplimiento de lo que Jesús había dispuesto para él. Tanto Pedro (cf. vv. 18-19) como el discípulo amado (vv. 22-23) habían muerto.

- La comunidad que recibió este evangelio vivía después de la muerte de Jesús, Simón Pedro y el discípulo amado. Por tanto, el narrador quería decir algo más sobre el discípulo amado. En correspondencia con el nombramiento de Pedro como pastor y discípulo (vv. 15-19), las palabras finales del narrador añaden algo más sobre la relevancia del discípulo amado. La mutua aceptación de la madre y el discípulo junto a la cruz y el don del Espíritu Santo a este núcleo de la nueva familia de Dios (cf. 19,25-30), remiten a la veneración del discípulo amado

por la comunidad que lo consideraba su fundador. Esta figura fundacional es también el autor del relato comunitario de la vida y la enseñanza, la muerte y la resurrección de Jesús (v. 24). Era un discípulo de Jesús que dio testimonio de «estas cosas» y, posteriormente, se convirtió en el autor de un relato que transmitía «estas cosas». El testimonio sigue presente por el relato. Sobre la base de este testimonio relatado, que sigue vivo a pesar de la muerte del discípulo amado, la comunidad puede estar segura al saber que su relato sobre Jesús y su estilo de vida, consecuencia de ese relato, son ciertos. Pedro es el pastor del rebaño (cf. vv. 15-17) y el discípulo amado es el portador de la auténtica tradición sobre Jesús (v. 24).

.- **Segunda conclusión: v. 25:** El evangelio llega a una segunda conclusión que está en paralelo con la conclusión original. Pero esta segunda conclusión añade una reflexión que fuerza al lector a mirar más allá de las páginas escritas del texto evangélico. El lector no debe albergar sospecha alguna de que el relato que acaba de leer agota todo cuanto podría decirse sobre Jesús. Adoptando una forma literaria utilizada por otros escritos de la época, el autor de Jn 21,25 repite con mayor brevedad lo que el autor de Jn 20,30 había dicho sobre los muchos otros signos que Jesús había hecho en presencia de sus discípulos y que no habían sido recogidos en esta narración. Este relato presenta, por tanto, una selección. Sin embargo, mientras que 20,30-31 justificó esta selección mediante las palabras posteriores dirigidas a los lectores en las que se les dice por qué se hizo esta selección y esta ordenación de los acontecimientos, en 21,25 no se justifica. Tal vez, nadie lo necesitaba. A sus lectores les basta saber que el autor del libro que han terminado de leer es el discípulo amado (21,24).